

Por Ernesto MEJÍA SÁNCHEZ

POCOS HOMBRES de letras han tenido tan lúcida conciencia de su propio valer, aunque a veces la ocultara con humildad, como Manuel Gutiérrez Nájera. Quizá el precario vehículo en que desenvolvió su obra le comunicó esa pasión menor de la modestia. La fama periodística muere todos los días, triste lección para quien hizo del *non omnis moriar* su profesión de fe. No querer morir y dejar el alma, a diario, en el papel más corruptible. “¡Y todo eso perdido...! ¡Todo ese talento ya apagado como el esqueleto del castillo que tan deslumbrantes cohetes lanzó al aire! ¡Allá en las colecciones de periódicos que encierran el pensamiento como en ataud! ¡Allá en la memoria de los amigos que también va apagando...! ¡El periodista crea para el olvido!”, escribía Gutiérrez Nájera lamentando la muerte de Alfredo Bابلot y, de seguro, previendo la suya (cf. *El Partido Liberal*, 10 de abril de 1892; *Obras, Prosa*, II, 1903, p. 345)). Otras veces su ánimo, menos pesimista, creía “exagerado suponer que todo lo hermoso legado a la posteridad se pierde en los mares del olvido. Los pósteros seleccionan ¡y trabajo les mando a los del siglo veinte!” (cf. *El Partido Liberal*, 6 de septiembre de 1891; *Obras, Prosa*, II, p. 283).

Si hoy suele negarse a los poetas la capacidad de vaticinio, tendríamos que reconocer en Gutiérrez Nájera por lo menos el don de la autocritica previsor, porque las últimas palabras parecen referirse, inequívocamente, a los presentes afanes por reunir su obra dispersa. El trabajo de localización y compilación de los materiales periodísticos de Gutiérrez Nájera, llevados a cabo por el doctor Erwin K. Mapes, de la State University of Iowa, y por otros investigadores, se aprovecha ahora en la edición de las *Obras*, conmemorativa del primer centenario del nacimiento del poeta (2 de diciembre de 1959), empresa que corre a cargo del Centro de Estudios Literarios y de la Dirección General de Publicaciones de la Universidad Nacional Autónoma de México. El primer volumen de las *Obras*, que contiene la primera parte de la “Crítica literaria” de Manuel Gutiérrez Nájera, saldrá a luz en la fecha centenaria.

Este volumen reúne 88 piezas en total, la mayoría prácticamente desconocidas, porque no figuran en las viejas compilaciones de los dos tomos de *Prosa* (1898 y 1903) y el de las *Hojas sueltas* (1912). Los 11 trabajos en que Gutiérrez Nájera desarrolló sus ideas generales sobre la literatura, la crítica, la transmisión de temas, y otros fenómenos literarios y lingüísticos, agrupados bajo el rubro de “Ideas y temas literarios”, constituyen la primera sección. Y las 77 piezas restantes, que forman la segunda, ofrecen un panorama de la “Literatura mexicana” en un período de casi 20 años. Ambas secciones se han ordenado conforme la cronología de sus piezas, lo que permite al mismo tiempo ver el desarrollo de Gutiérrez Nájera como crítico literario y el proceso histórico de la literatura en México durante los años comprendidos entre 1876 y 1894.

Se presenta, pues, de una manera unitaria el criterio literario de Gutiérrez Nájera y el ejercicio que del mismo criterio hizo sobre la literatura de su propio país, la que tuvo más cerca y la que vigiló con una atenta asiduidad, que estábamos lejos de sospechar. La “Introducción”, de Porfirio Martínez Peñaloza, investigador del Centro de Estudios Literarios, es un capítulo, por demás interesante, de la historia de las ideas estéticas en México durante el siglo XIX, en el que la figura de Gutiérrez Nájera cobra su verdadero y señero relieve. La organización del volumen y las notas cronológi-



Gutiérrez Nájera por Diego Rivera

cas, bibliográficas, históricas y literarias, estuvieron a cargo del redactor de esta página, quien contó con la colaboración de la señorita Irma Contreras García, investigadora del Centro de Estudios Literarios.

El texto se fijó de acuerdo con las nuevas normas de ortografía, acentuación y puntuación; pero se conservaron las grafías de carácter etimológico y las acentuaciones de la época en palabras de origen griego o latino, por la evidente intención decorativa con que Gutiérrez Nájera las usó, o porque ponen de manifiesto las fuentes culturales de su patrimonio literario. En cuanto a la pun-



El cenicero de Gutiérrez Nájera

tuación, se ha respetado la costumbre de no abrir las exclamaciones, adopción del sistema francés, seguramente, que permitió a Gutiérrez Nájera modulaciones expresivas opuestas al brusco signo inicial del español.

Las erratas de imprenta han creado verdaderos problemas para transcripción inteligente, pero se han obviado de acuerdo con el contexto o el sentido común. El descuido tipográfico del periodismo es proverbial; ni los cajistas de imprenta ni los correctores de pruebas mostraban el menor esmero, ni aun tratándose de textos en los cuales ellos mismos figuraban. Véase por ejemplo: “Un cajista que está en la imprenta de *La Libertad* CUANTA sus años de servicio por las veces que ha compuesto el ‘Camino del Gólgota’, de Carpio”, se lee en un artículo publicado en *La Libertad* misma (cf. “Literatura de Semana Santa”, 27 de marzo de 1883). En la necrología de Julio Espinosa, publicada en *El Partido Liberal*, el corrector de pruebas no tuvo empacho en dejar mal parada “la mesa del CORREDOR de pruebas” (cf. “Julio Espinosa”, 21 de enero de 1887). El propio Gutiérrez Nájera se lamentaba amargamente del sino de sus artículos en manos de los tipógrafos: “Y para colmo de infortunios, los [párrafos] míos [dedicados a Altamirano] están plagados de erratas! No sólo fueron de saco, sino con manchas de lodo en el vestido! Salieron, siquiera limpios de la casa, y los cajistas, al correr, los salpicaron en la calle” (cf. “Un banquete al maestro Altamirano”, en *El Partido Liberal*, 13 de agosto de 1889).

Las citas en idiomas extraños sufren todavía peor trato: “Ah! señores cajistas! Ya me figuro lo que vais a hacer de este mi pobre artículo... Si cuando no hay en los originales palabras extranjeras, los dejáis que dan lástima una vez puestos en letras de molde, ¿qué sucederá hoy, que por uno de tantos descarrios me ha venido a las mientes la tenaz idea de saturar de latinajos una docena y media de cuartillas? Os entrego mi obra: haced de ella lo que gustéis; pero os advierto que no he de leerla impresa, porque no quiero proporcionaros el feroz placer de gozaros en mi desesperación” (cf. “Cosas que hacen falta. El latín”, en *El Universal*, 17 de noviembre de 1889; *Hojas sueltas*, p. 178). Así, no fue raro encontrar, en el prólogo a *El libro del amor*, de Adalberto A. Esteva (México, 1891), erratas como éstas: “Juan Martínez Zorrilla” en lugar de Juan Zorrilla de San Martín, o “Boséidar” en vez de “Poséidon”. No nos extrañaría, pues, que lectores atentos logren cazar alguna errata de poca monta (y otras de nuevo cuño); es posible que la fatigosa corrección de muchas pueda permitir ese breve placer.

No resta sino declarar otra intención: la de las notas al pie de página, que pretenden ser dóciles servidoras no sólo del texto que acompañan, sino del lector preocupado por la formación literaria de Gutiérrez Nájera y por la literatura mexicana en general. Se ha corrido el riesgo, ciertamente, de abrumar al lector medio o intermedio con minuciosidades sobre autores secundarios o casi desconocidos, y al riguroso erudito, con noticias bien sabidas. Cada uno tome lo suyo con buena fe, sin olvidar que el texto es lo principal y las notas sólo sus hijas, quizá un tanto descarriadas.